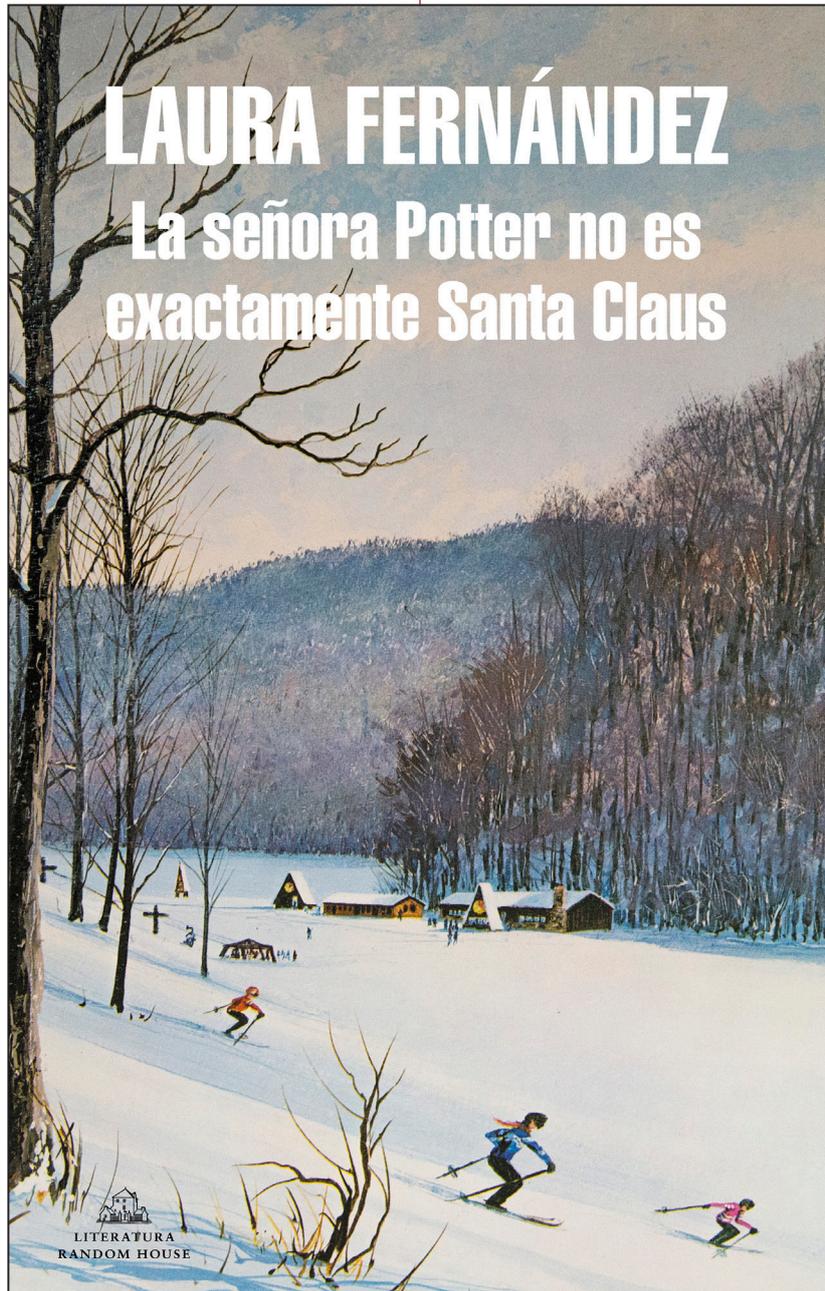




Guía de lectura



Penguin **Club de lectura**

LA OBRA

La fama de la desapacible Kimberly Clark Weymouth, una pequeña ciudad eternamente envuelta en ventiscas y metros de nieve, llega cuando la escritora Louise Cassidy Feldman, de paso por allí, se inspira en el lugar para ambientar su clásico infantil *La señora Potter no es exactamente Santa Claus*. Desde entonces, la ciudad recibe, a regañadientes, lectores de la excéntrica autora que recorren, calle a calle, los escenarios de su obra favorita y acaban la visita en «La señora Potter estuvo aquí», la tienda de souvenirs fundada por Randal Peltzer. Billy, el hijo de Randal, ha quedado al frente del negocio tras la muerte de su padre, pero un buen día, harto de sostener un destino que no ha elegido, decide que es hora de huir de la ciudad, de la señora Potter y de sus fans.

Cerrar las puertas de uno de los mayores reclamos turísticos de Kimberly Clark Weymouth, sin embargo, puede quebrantar la imagen de la ciudad y provocar la ira de los vecinos, y es por ello que Bill urde un intrincado plan para largarse sin que nadie descubra sus verdaderas intenciones. El primer paso es poner en venta en secreto su casa con la ayuda de Stumpy MacPhail, un inexperto agente inmobiliario aficionado al modelismo que ha llegado a la ciudad atraído por su novela infantil preferida. Mientras Bill viaja en busca de un elefante, herencia de una tía domadora, y Stumpy vende la

casa a los Benson, un matrimonio de escritores de terror absurdo que necesitan una morada encantada con fantasmas, en Kimberly Clark Weymouth los enredos se suceden, un grupo de reporteros va a la caza de noticias, ruedan los rumores, y los turistas se agolpan, decepcionados, ante las puertas cerradas de la tienda de souvenirs. Al mismo tiempo, no muy lejos, la madre de Bill, una pintora que abandonó a su marido y su hijo cuando éste era un niño, se prepara para regresar a casa con motivo de una retrospectiva de su obra.

Madre intermitente mientras estuvo junto a Bill, a veces cariñosa, y otras, ensimismada, Madeline Frances Mackenzie, dejó atrás a su familia para dedicarse al arte, pero durante años fue enviando a su hijo cuadros de paisajes desconocidos donde el niño buscaba el rastro de esa figura ausente y añorada. El retorno de Madeline coincide con la llegada de Louise Cassidy Feldman, que vuelve a pisar Kimberly Clark Weymouth decidida a que los Benson no se apropien de su territorio literario, y abre el desenlace de una exuberante historia que concluye con hijos que recuperan el abrazo materno perdido en la niñez, adultos que intentan hacer las paces con sus orígenes y sus sueños, y una ciudad, ya no tan desapacible, que redescubre la fama gracias a las miniaturas de Stumpy.

CLAVES DE LA NOVELA

Desde su debut con *Bienvenidos a Welcome* hace más de una década, Laura Fernández ha ido tramando novela a novela un universo literario singular, regido por una imaginación ilimitada y un estilo profuso que con un dejo pop toma gestos de géneros como el terror, la narrativa detectivesca y la fantasía para combinarlos en un cóctel tan personal como desopilante. Como si se tratara de un dispositivo de cajas chinas, *La señora Potter no es exactamente Santa Claus*, su nueva obra, es una novela que contiene en sí a otra novela, y a un sinfín de historias que proliferan a la misma vertiginosa velocidad que lo hacen los personajes que las protagonizan: criaturas tiernamente extravagantes, luminosas y al mismo tiempo desvalidas que habitan un mundo insólito.

Con su trama de enredos, intrigas y rumores, su incesante desfile de personajes, y por supuesto, con sus ventiscas y su eterna atmósfera navideña, la desapacible Kimberly Clark Weymouth nos atrapa. Dentro de este pequeño universo de deriva impredecible y minuciosa factura, la ficción se nutre de lo real, y

éste, a su vez, acaba siendo contaminado por la ficción en un ingenioso juego que hace saltar por los aires las fronteras entre aquello que distinguimos como la realidad y su representación. Entre maquetas a escala de ciudades sumergidas, cuadros de remotos paisajes imaginarios, cuadernos que contienen la vida de los otros, figuras encerradas en una bola de nieve, y poblaciones construidas a imagen y semejanza de una novela, *La señora Potter no es exactamente Santa Claus* cuestiona la naturaleza misma de la ficción y de los relatos que construimos.

Porque si bien en la novela de Laura Fernández hay altas dosis de humor y absurdo, y un encantador aire de magia propio de la literatura infantil, la obra no se agota en la comicidad y la fantasía más lúdica. Por el contrario, Fernández nos ofrece una historia que reflexiona en profundidad y con lúcida sensibilidad acerca de la creación literaria, el arte como refugio, el fracaso, la soledad de los incomprendidos, los contradictorios sentimientos que desata la maternidad y aquellas heridas de infancia que todo adulto esconde dentro de sí.

PERSONAJES PRINCIPALES

La señora Potter no es exactamente Santa Claus es mucho más que una novela coral. Billy, Stumpy, Madeline, el matrimonio Benson y Louise Feldman, entre otros, cobran protagonismo en compañía de una desopilante galería de personajes secundarios compuesta por escritores, reporteros, espías aficionados, detectives, actrices, fantasmas profesionales, agentes inmobiliarios, editores y taxidermistas fanáticos de la célebre, y no menos importante, señora Potter.

BILLY BANE PELTZER

Al frente de la tienda de souvenirs heredada de su padre, Billy es un hombre solitario que maldice en secreto a la señora Potter, a los absurdos fans que llegan a diario a su negocio —los *ruperts*— y a la desapacible Kimberly Clark Weymouth con sus calles heladas y sus constantes ventiscas. En la aversión que Billy siente por el clásico infantil se esconde, quizás, la frustración y el abandono que sintió de niño cuando la señora Potter no le concedió el deseo de traer a su madre de vuelta a casa.

STUMPY MACPHAIL

Stumpy es un inocente agente inmobiliario aficionado al modelismo que llega a Kimberly Clark Weymouth para vivir en el lugar donde está ambientada su obra favorita. Su madre está convencida de que ir a parar a esa horrible ciudad es tirar la vida por la borda, pero cuando Stumpy debe vender la casa de Billy llega, por fin, una inesperada oportunidad de éxito y reconocimiento.

RANDAL ZANE PELTZER

El padre de Bill es el fundador de la única tienda de souvenirs dedicada al clásico infantil *La señora Potter no es exactamente Santa Claus*. Tras ser abandonado por su esposa, Randal se refugia en su negocio y escribe cartas sin respuesta a Louise Cassidy Feldman invitándola, primero, a que visite nuevamente la ciudad, y más tarde, hablándole de su soledad y su difícil paternidad. Randal muere atragantado mientras come un plato de cereales y sirve de inspiración para un desanimado fantasma.

MADLINE FRANCES MACKENZIE

Con un puñado de pinceles asomando siempre del bolsillo de su camisa, Madeline es, al costado del pequeño Billy, una madre intermitente, capaz de acurrucarse en la cama a su lado, o de perderlo de vista ensimismada en sus pensamientos. Cuando Bill es un niño, Madeline abandona marido e hijo para vivir una aventura, reencontrar su yo y no sentirse fuera de lugar, pero les envía los cuadros que pinta como un modo de acortar la distancia y, de alguna manera, seguir junto a ellos.

LOUISE CASSIDY FELDMAN

Louise es una excéntrica escritora que solo puede escribir al aire libre, en remotos rincones a los que llega con su destaralado todoterreno. En uno de sus periplos recalca en la gélida Kimberly Clark Weymouth, y en la cafetería de la ciudad una camarera y una bonita postal invernal la inspiran para escribir una novela infantil cuya fama opaca al resto de su obra.

LOS BENSON

Becky Ann y Frankie Scott Benson son un matrimonio de largo recorrido y una exitosa pareja de escritores de terror absurdo, mimados por un escuadrón de sirvientes, agentes literarios y agentes inmobiliarios abocados a conseguir para ellos fabulosas casas encantadas. Llegan a Kimberly Clark Weymouth animados por la idea de habitar una morada con fantasmas y pistas de esquí que sirva de inspiración para su nueva novela, pero también por la posibilidad de destronar a Louise Feldman como reina literaria de la ciudad.

LA SEÑORA POTTER

El personaje creado por Louise Cassidy Feldman, e inspirado en la camarera de la cafetería de Kimberly Clark Weymouth, no es exactamente Santa Claus, sino más bien una bruja con barba blanca y una infancia amarga que concede deseos a los niños que, de alguna manera, se han portado mal.

FRAGMENTOS

REALIDAD, FICCIÓN Y JUEGOS DE ESPEJOS

«... y pensaba por primera vez en su novela como lo que era en realidad: ella misma reflejándose en una infinidad de espejos, espejos en los que a su vez se reflejaba la novela ahora, convirtiéndola en la hija que lo ha hecho todo inconcebiblemente bien y que, pese a ello, como la señora Potter, no ha recibido aún lo único que quería, el amor, por más tormentoso que este pudiese resultar, de su madre.»

«¿Y qué era lo que escondía aquel baúl? Oh, aquel baúl escondía a todos los habitantes de Kimberly Clark Weymouth.

Por supuesto, no los escondía a ellos. Ni siquiera escondía una versión diminuta de ellos mismos. Lo que escondía eran cuadernos que se llamaban como ellos. Es decir, se llamaban *MERIAM COLD* y

HARRIETT GLICKMAN, SAMANTHA BREVORT, HOWIE HOWLING. Todos tenían el mismo aspecto. Eran cuadernos negros y el nombre del *personaje* que contenían estaba *impreso* en el lomo, de manera que, cuando se abría aquel baúl, la sensación era la de contemplar un montón de vidas en marcha a la espera de que aquella *narradora* permitiese que *continuasen*. Pero ¿acaso no estaban *continuando*? Oh, por supuesto. A cada momento. Pero no allí dentro. Allí dentro esperaban. Y sólo Bertie sabía que lo hacían.»

«... y Bertie Smile contemplaría aquel montón de lectores *desesperados* recién llegados a un lugar que sólo habían concebido como escenario, para siempre *esclavo* de una despiadada mujer *barbuda*, y se preguntaría si no sería aquel tipo, el *nuevo*, el que, de alguna forma, estaba *redirigiéndolo* todo.»

«Así fue como Stumpy MacPhail y aquel fantasma descubrieron de qué forma funcionaba aquel asunto de los Benson. Porque la cosa no era que únicamente la casa tuviera que encantarse. Era que, al parecer, todo lo que rodeaba la casa, que, evidentemente, debía tener el aspecto que aquella pareja esperaba que tuviera, debía estar, también, de alguna forma, *encantado*. Los vecinos más cercanos eran *adiestrados*. Recibían *clases*. Y un manual. El (MANUAL DE BUEN VECINO BENSON).»

«Aquella mujer era, claro, Alice Potter, la camarera que había inspirado a la señora Potter, la camarera que le había servido, en aquel otro tiempo en el que aún no era la autora de *La señora Potter no es exactamente Santa Claus* y, por lo tanto, todo era aún posible, incluido el hecho de tener una admirablemente prestigiosa carrera como algún tipo de excéntrica y sin embargo famosa escritora que nunca sería *asesinada* por ninguna de sus obras—. Vaya, Lou, ¿has visto eso? —El editor señalaba, con uno de aquellos dedos como bizcochos suyos, el cartel que había tras el mostrador, aquel cartel que decía (PREGÚNTAME CÓMO CONSEGUIR TU SERVILETA FIRMADA POR LA VERDADERA SEÑORA POTTER), pero Louise Cassidy Feldman seguía preguntándose de qué forma podía Alice Potter no haber envejecido en todo aquel tiempo, porque no parecía haberlo hecho, ¿y si aquel sitio no era exactamente aquel sitio? ¿Y si aquella mujer no era exactamente Alice Potter sino alguien que hacía de Alice Potter? ¿Y si, oh, no, Kimberly Clark Weymouth había

muerto hacía mucho tiempo y su lugar lo había ocupado otra Kimberly Clark Weymouth, una que había adoptado el aspecto, los modales y hasta el *tiempo* abochornablemente glacial de aquella, su *gemela* de ficción?»

«No había muerto nunca nadie en ese sitio. Pero ¿acaso eso impedía que el cronista de sucesos escribiese? El cronista de sucesos escribía sobre lo que podía haber ocurrido y, de alguna forma, al hacerlo, mantenía aquel lugar a salvo. La ficción cubría a la realidad para que la realidad no tuviese que hacer su trabajo, y la realidad simplemente obviaba tan desagradable asunto.»

«... Stumpy MacPhail se había convertido en una *enorme* celebridad. La admiración que había despertado, *mundialmente*, aquello en lo que llevaba trabajando tanto, tantísimo tiempo, aquello que era, en realidad, *toda su vida*, había sido unánime y arrebatadoramente soberbia, inmensa, y en absoluto inesperada pues, por más que el mundo y, sobre todo, su hasta entonces y pese a todo *decepcionada* madre, creyese existir en una dimensión distinta, una en la que aquella clase de cosas no tenían ningún sentido, lo cierto era que lo hacían en la misma en la que *reproducir* con semejante *perfección* algo que, después de todo, ya existía, esto es, el Mundo Ahí Fuera, como un dibujo coloreable *coloreado* al fin, era considerado un auténtico *milagro*.»

EL OFICIO DE ESCRIBIR

«Durante meses, y durante años, la escritora había abierto mapas y lo había descubierto allí, en mitad de ninguna parte, y se había dicho que a lo mejor no era más que un lugar corriente que ella había, como le ocurría todo el tiempo, *transformado* en otra cosa, un pequeño juguete que llevaba a todas partes y que a veces lanzaba contra la pared porque quería que *reventara* porque por su culpa no tenía nada parecido a una carrera, ¡no era *escritora!*, era, simplemente, la autora de esa cosa, la autora de *La señora Potter no es exactamente Santa Claus*, y nadie acertaba nunca a recordar su nombre porque lo único que recordaban era que esa mujer concedía deseos y tenía barba y una vez había sido una niña triste a la que sus padres nunca se tomaban en serio, una niña que siempre lo hizo todo bien sin que eso importara lo más mínimo, tan ensimismados estaban sus padres en sus propias e insulsas vidas que habían ignorado sin remedio cada logro de su hija, y que cuando creció decidió *castigar* a los que, como ellos, ignoraban su suerte, concediéndoles a sus hijos deseos a cambio de que se portaran *mal*, y siguieran, de alguna forma, sus pasos, pues ella todo lo *incorregía*, y no podía decirse que fuera feliz pero tampoco que no lo fuera, pero al menos podía decirse que estaba a salvo de aquella despiadada irregularidad, de aquella especie de inexistencia, de aquella inútil necesidad de reconocimiento que había sido, desde el principio, un amor apenas cruelmente correspondido, algo de lo que la señora Potter, finalmente, se había sobrepuesto,

y ella no, porque eso era lo que ocurría cuando se escribía, se dijo Louise, que *ellos* se sobreponían, y tú no, pero imaginabas que podías hacerlo, y eso a veces era suficiente pero en realidad nunca lo era.»

«—Pero, quiero decir, ¿no *inventan* los escritores *las cosas*? ¿Por qué iban a necesitar que existiese una estación de esquí para escribir sobre una estación de esquí?»

«Dijo (NO LO SÉ), y también (A LO MEJOR NO FUI TAN VALIENTE), dijo, porque (NUNCA HE SIDO TAN VALIENTE) y (EN ESO CONSISTE SER ESCRITOR, ¿SABE?) (EN NO SER VALIENTE EN ABSOLUTO).»

«—¿Y cuándo decide que debe escribir?

—Oh, no sé, depende del día.

—Claro, ¿y es *complicado*?

—No, más bien es *divertido*. ¿Lo ha probado alguna vez? Es como poder dibujar el mundo. Como volverlo a dibujar, quiero decir. Usted se cuenta a sí misma una historia al despertar. Es la historia de Hannah Betterman. Imagine que un día pudiese contarse otra distinta. ¿No le parecería *divertido*?»

«—¡Oh, esas estúpidas maestras! ¡Creen que *todos* amamos el *deporte*! ¿Por qué no creen que *todos* amamos *la escritura*? ¿Qué clase de mundo injusto es éste? Yo sólo quería que me dejaran en paz, Cats, en esos sitios horribles, para poder sentarme a escribir. No quería subirme a un trineo, no quería *escalar* montañas *nevadas*, no quería *patinar*, sólo quería *sentarme a escribir*. Pero no era posible.

Nunca era posible. ¿Es que nadie va a entender nunca que existen los niños escritores? ¿*Nadie?*»

«A veces, se dijo McKenney, recordando una lección aprendida de su predecesora, la intrépida Natalie Fawcuss Edmund, los artículos eran intentos de trazar el mapa de un territorio que podía no llegar a existir jamás pero que iba a necesitar de su existencia en el caso de *aparecer.*»

ENTRE FANTASÍAS Y DESEOS

«Por entonces, Bill era ya, sin saberlo, un niño *triste*, que, pese a todo, sonreía todo el tiempo, con aquella sonrisa que era todo diminutos dientes de leche, porque aún podía sintonizar aquella cosa, el televisor de Sally Phipps, y ver a sus padres. Les veía no tanto como eran, es decir, no tanto como podría haberlos visto de estar realmente *viéndolos* desde algún otro lugar, sino como le gustaría estar *viéndolos* desde ese otro lugar. Lo que veía era, pues, pura fantasía. El deseo de ver a sus padres comportarse como imaginaba que se comportaban el resto de los padres. Padres que hablaban todo el tiempo y que sonreían, felices, porque hacían la clase de cosas que a cada uno le gustaba hacer sin que al otro le importara, sin que el otro se quejara, o le atacase porque nunca estaba donde debía estar, siempre estaba en alguna otra parte, con algún otro alguien.»

«Iban, se decía Bill, a todas partes porque todo, de la mano de su madre, era posible, que la nieve amontonada les devol-

viese el saludo, que una merienda en el atestado (LOU'S CAFÉ) se volviese un viaje a quién sabía qué planeta en una en extremo frecuentada nave cafetería, que unas zapatillas le suplicasen desde el escaparate de la única zapatería de la calle principal que las sacase de una vez de allí porque ninguno de los otros zapatos podía soportarlas porque eran, decían, demasiado *divertidas.*»

«Allí, al otro lado del espejo, días y noches eran indistinguibles, y todo lo que alguna vez había soñado, era aún posible. Quizá por eso tuviese aspecto de *sueño*. Una noche, perdida por completo en sus pensamientos, escribió en un pedazo de papel (PEDÍ UN DESEO Y LA SEÑORA POTTER ME LO CONCEDIÓ PORQUE ME PORTÉ MAL, RAND) y, al día siguiente, lo metió en un sobre y se lo envió a su marido por correo. Se diría que el gesto era un gesto despiadado y feroz, pero a Madeline Frances, tan inmersa en aquel otro mundo en el que todo había dejado de existir a excepción de lo que se le pasaba por la cabeza, no se lo pareció.»

MADRES E HIJOS

«Al llegar a casa, Madeline, aún sin poder pensar en otra cosa que aquel camino *no tomado*, sintiéndose, de alguna forma, acompañada por aquel *rastro* de olor que era su mismo olor mezclado con el olor a cigarrillos, se había metido en la cama de su hijo, Bill, y había seguido fantaseando, sin apenas aliento, con todo lo que *pasaría* a continuación, y ¿acaso podía siquiera imaginar, aquella Madeline Frances

que era, sin duda, una Madeline Frances anterior a Randal Peltzer, anterior a Mildred Bonk, y sin duda, anterior al pequeño Bill, que el niño en cuya cama dormía, el niño que se abrazaba a ella como se abrazaría a su *madre*, era su *hijo*? No, no podía. Madeline Frances había retrocedido hacia algún lugar en el tiempo en el que aún no era otra cosa que ella misma.»

«... y él no era más que un niño de la mano de su madre, y su madre a veces hablaba sin parar, y otras veces se ensimismaba y era como si no estuviera, era como aquellos días en la piscina en los que parecía olvidar que él existía y murmuraba cosas y hasta caminaba deprisa, y le dejaba atrás porque le soltaba la mano y sacudía la cabeza y metía la mano en el bolso y sacaba una libreta y anotaba algo, o se detenía en mitad de la calle y pasaba un buen rato dibujando y no le miraba y él a veces se preguntaba si seguía existiendo, la miraba y decía (MAMÁ), y tironeaba de su mano, o tironeaba de su chaqueta, y ella, molesta, salía de su ensimismamiento y le miraba y fruncía el ceño como si no le reconociera y Bill pensaba cada vez que una de aquellas veces no le reconocería, que le diría (¿QUIÉN ERES TÚ?) y echaría a andar con el ceño aún fruncido...»

«Pero ¿le había querido Madeline? Madeline le había querido, pero luego había

dejado de quererle, luego había empezado a aburrirse, nada tenía sentido, decía, nada de aquello tenía nada que ver con ella, su vida no era su vida ¿y dónde estaba su vida?

Su vida no estaba en ninguna parte.

Cuando su madre se fue, Bill dejó de verla en el televisor de Sal Phipps [...] Pero de todas formas se metía en la cama temprano pensando que, si no podía soñar que estaba ahí abajo, podía imaginar que lo hacía, y podía fingir seguir viendo a su madre, la veía, ya no estaba en casa, pero estaba en una habitación, en alguna parte, pintando, y le escribía cartas...»

«... y no había llorado desde niño, no había llorado desde el día en que supo que su madre no iba a volver, y casi había olvidado lo *convulsivamente* aparatoso del asunto, la *batalla* que, de alguna forma, constituía, porque había algo intentando salir, había algo queriendo tomar forma ahí fuera, pero era algo que nunca la tendría porque estaba roto, y era doloroso expulsarlo aunque también era, claro, liberador, porque, después de todo, se estaba deshaciendo de un algo sin forma que no había encajado en aquel basto espacio interior llamado William Bane Peltzer, y era un algo antiguo, porque todos los llantos contenían parte de todos los llantos anteriores, todos los llantos te contenían, de alguna forma, *a ti*.»

PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. En las primeras páginas de la novela descubrimos que el título de la obra coincide, como si se tratara de un mecanismo de muñecas rusas, con el título de la novela ficticia escrita por Louise Cassidy Feldman. ¿Qué efecto provoca esta coincidencia? ¿Por qué creéis que Laura Fernández tituló así su novela?
2. Además del juego con el título de la novela dentro de la novela, a lo largo de la obra se suceden las representaciones a escala y reproducciones que duplican lo real, desde la ciudad sumergida de Stumpy o los cuadernos que atesora Bertie Smile, pasando por souvenirs, postales e incluso, la imagen de la cubierta del libro. A partir de estos elementos, ¿cuál es la reflexión que se abre acerca de la dicotomía entre realidad y representación?
3. En el mundo que construye Laura Fernández, ¿qué sucede con los límites entre realidad y ficción? ¿Hay una distinción clara entre estos dos términos? ¿Qué nos dice la escritora con la última frase que, como colofón, cierra el libro?
4. Esta dicotomía entre lo real y lo que es falso o ficticio se pone de manifiesto también a través de muchos personajes de la novela que fingien para salir adelante en diferentes situaciones. ¿Por qué pensáis que el fingir es un acto tan presente en la novela? ¿Los motivos que conducen a los personajes a fingir son siempre los mismos?
5. Fingir, impostar o simular son acciones recurrentes en la novela. A partir de ellas, ¿qué ideas de identidad circulan en la obra?
6. ¿Qué papel desempeñan la ficción y la imaginación para los diferentes personajes y, especialmente, para los habitantes de Kimberly Clark Weymouth? Y en nuestras vidas ¿qué rol tiene la literatura?
7. En la novela abundan los personajes que son escritores. ¿Cómo los retrata Fernández? ¿Tienen rasgos comunes o cada uno de los personajes encarna una imagen diferente del oficio de escritor?

8. Además de escritores, en la novela aparecen varios periodistas y reporteros. ¿Cuál es su rol en la obra? ¿Tienen algo en común con los escritores?
9. Louise Cassidy Feldman tarda mucho tiempo en regresar a la ciudad que la inspiró para escribir su obra más célebre. ¿A qué se debe que no haya regresado antes? ¿Cuál es el impacto del reencuentro con un lugar que ella recreó a través de la escritura?
10. Los nombres en la novela son tan extravagantes como desconcertantes: las convenciones de género muchas veces se distorsionan, y las ciudades pueden tener nombre y apellido, como si se tratara de personas. ¿Por qué crees que Laura Fernández realiza este juego con los nombres? ¿Qué efecto produce en el lector?
11. Bill vive entre objetos y espacios heredados: la tienda del padre, la casa de la tía y los cuadros de su madre. ¿Cuál es su relación con este legado? ¿La herencia es una vía de libertad o condiciona su vida?
12. En la novela nos encontramos con muchas historias que hablan de vínculos complejos entre hijos y madres o padres. ¿Cuál es el valor y el alcance que se le adjudica a la mirada de los progenitores sobre los hijos? ¿Las experiencias de infancia inciden en el modo en que los personajes, ya adultos, se relacionan con el mundo y consigo mismos?
13. Además del personaje de Madeline Frances Mackenzie, en la novela aparecen otras madres. ¿Qué tipos de maternidad retrata la obra?
14. Madeline es un personaje complejo y contradictorio que necesita alejarse de la ciudad y de su familia para volver a su yo. ¿Cómo es su tránsito por la maternidad? ¿Qué sentimientos desata Bill en ella? ¿Su huida la ayuda a conseguir sus propósitos?
15. A través de la historia de Madeline, Fernández abre una reflexión en torno a la maternidad y su relación con la creación artística. ¿Cómo ilustra esta relación? ¿Conocéis historias de mujeres artistas o escritoras que hayan vivido como un desafío el conciliar la maternidad con su actividad creativa?

16. La señora Potter es un personaje de la fantasía que tiene el mágico poder de conceder deseos a los niños. Tanto en la ficticia novela de Louise Cassidy Feldman como en la obra de Laura Fernández, los deseos y los anhelos están muy presentes, pero ¿siempre se realizan? ¿Qué queda entre los sueños y deseos, y la realidad?
17. Los regresos a la ciudad de Louise y Madeline coinciden en el tiempo. ¿Qué significa volver para cada una de ellas? ¿Veis rasgos en común entre estos personajes femeninos?
18. *La señora Potter no es exactamente Santa Claus* es una novela donde proliferan personajes con una impronta cómica y, al mismo tiempo, un profundo desamparo. Dentro de este gran desfile de personajes, ¿hay alguno que os haya cautivado más? ¿Por qué?
19. En la novela, las lecturas de infancia, como *La señora Potter no es exactamente Santa Claus* o *Vida de Bill Bill, el conejo payaso que nunca llegó a ser payaso*, son para muchos personajes, y por supuesto, para las huestes de *ruperts*, un refugio para la evasión, una compañía que perdura a lo largo de la vida, o un hito literario que marca un cierto modo de entender el mundo. ¿Estáis de acuerdo con este papel que se le asigna a la literatura infantil? ¿Hay alguna lectura de infancia que os haya marcado especialmente?

LA AUTORA



© Noemí Elías

LAURA FERNÁNDEZ (Terrassa, 1981) es autora de cinco novelas: *Bienvenidos a Welcome* (Elipsis, 2008; Literatura Random House, 2019), *Wendolin Kramer* (Seix Barral, 2011), *La Chica Zombie* (Seix Barral, 2013), *El Show de Grossman* (Aristas Martínez, 2013) y *Connerland* (Literatura Random House, 2017). Su obra ha sido traducida al francés y al italiano, y sus cuentos han sido incluidos en numerosas antologías. Sus historias tienen el punch de un Douglas Adams que hu-

biera leído más de la cuenta a Stella Gibbons o Evelyn Waugh, y la ambición de complejo mundo aparte de un Thomas Pynchon fan de Stephen King. También es periodista y crítica literaria y musical, y una apasionada entrevistadora de escritores. Actualmente escribe para *El País*, aunque ha colaborado en una infinidad de medios en el pasado. Hace años también trabajó en un videoclub y montó una banda. Tiene dos hijos y un montón de libros de Philip K. Dick.

